

## LAS «NOCHES LUGUBRES»: HISTORIA DE UN EXITO EDITORIAL \*

A la memoria de mi padre,  
Felipe C. R. Maldonado.

Todo se inunda en llanto... todo tiembla  
(Noche primera.)

... Andemos, amigo, andemos.  
(Noche tercera.)

Se opina que Cadalso escribió sus *Noches lúgubres* cuando estaba todavía muy reciente la muerte de la actriz María Ignacia Ibáñez, ocurrida el 22 de abril de 1771. La primera edición conocida es la que apareció en el *Correo de Madrid* entre el 16 de diciembre de 1789 y el 6 de enero siguiente. Pero sabemos que antes se difundió manuscrita, si bien por círculos muy restringidos (1). Al menos, disponían de copias (2) Meléndez Valdés y el marqués de Astorga (la que hoy se halla en el British Museum, según opina Glendinning) (3). Ignoro si la primera pudo servir de base para la edición del *Correo*; sin embargo, la segunda es improbable que se utilizara, por las numerosas variantes que ofrece (4). Esto supone: o bien que hubo dos versiones manuscritas —una de ellas extraviada, pero que se utilizó para la edición del *Correo*—, o bien que el texto impreso hasta ahora, salvo en las ediciones de Glendinning, fuera manipulado por motivos que hoy desconocemos, aunque no creo que, para explicarlo, sea necesario recurrir tan sólo al temor a la censura. Dejemos, de todas formas, este problema planteado, para que sea meditado con mayor detenimiento.

Del siglo XVIII conocemos tres ediciones: la del *Correo*, la de la *Miscelánea erudita* —descubierta por Tamayo (5)— y la primera de Sastres, de 1798. De la primera mitad del siglo XIX hay 29 ediciones anotadas por Glendinning en la magnífica bibliografía que acom-

---

\* Reproduzco íntegramente el texto de la conferencia pronunciada el 24 de febrero de 1982 con motivo de los actos organizados por el Instituto de Filología Hispánica «Miguel de Cervantes», del CSIC, para conmemorar el segundo centenario de la muerte de Cadalso.

(1) En la primavera de 1775 le escribía a Meléndez: «Supongo en Vmd., o por mejor decir, creo y me consta en Vmd., bastante discreción para no fiar este papel a mucha gente, ni leerlo al profano vulgo» (*Escritos autobiográficos y epistolario*, Ed. Nigel Glendinning y Nicolás Harrison, Londres, Tameses Books, 1979, p. 102).

(2) Véase la carta a Meléndez citada en la nota anterior.

(3) *NL*, Ed. Nigel Glendinning, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, p. LXXIV.

(4) Véase la edición citada de Glendinning y la posterior de J. Arce (Salamanca, Anaya, 1970, y Madrid, Cátedra, 1978; esta última, con las *Cartas marruecas*).

(5) Véase «El problema de las *NL*», en *Revista de Bibliografía Nacional* (Madrid), 1943, páginas 327-329.

paña a su edición de las *NL* (6), y a ellas me atrevo a sumar otra del año 1848, realizada por la imprenta de M. R. y Fonseca, de la que dispongo de un ejemplar en mi modesta bibliografía (7). En total, 30 ediciones, más la traducción francesa de Achille du Laurens (8) y la selección de la «Primera noche» incluida en la *Biblioteca selecta* de Manuel de Silvela y Pablo Mendivil (9).

De la segunda mitad del siglo XIX Glendinning señala 13 ediciones, todas atribuidas a José María Marés, que ya publicara una en 1847 con el subtítulo «Historia de los amores del Coronel Don José de Cadalso, escrita por él mismo».

¿Qué más comentario puedo hacerles? Las cifras hablan por sí solas: en los últimos once años del siglo XVIII, tres ediciones; en los primeros cincuenta del XIX, 30, y en los cincuenta restantes, 13 impresiones más. No hay duda del éxito que tuvieron, especialmente entre la primera edición y la zaragozana de 1831: 25 en cuarenta y dos años.

Pero el éxito de la obrita dieciochesca no paró en la aparición permanente de reimpresiones. El texto cobró vida propia; se estiró y encogió, según los deseos de los editores; cambió incluso su sentido primitivo; hizo legendario a su creador y originó toda una secuela de plagios, imitaciones y derivaciones.

Al final de la «Primera noche» Tediato dice: «Pronto volveré a tu tumba, te llevaré a mi casa, descansarás en un lecho junto al mío; morirá mi cuerpo junto a ti, cadáver adorado, y expirando incendiaré mi domicilio, y tú y yo nos volveremos ceniza en medio de las de la casa» (10).

Tales palabras son el origen y fundamento de la leyenda de Cadalso. Primero, la identificación entre Tediato y su autor, que se populariza merced a la difusión de la *Carta de un amigo de Cadalso*, y luego la apócrifa *Noche cuarta*, acabaron por transformar literaria-

---

(6) Para cualquier detalle bibliográfico, véase el excelente trabajo de Glendinning, que ha resultado indispensable para el mío, en edición citada, pp. LXXVII-LXXXIV.

(7) *Noches lúgubres / Por el Coronel / Don José María Cadalso. / [Grabado] / Madrid: 1848. / Imprenta de M. R. y Fonseca, / Calle de la Gorguera, núm. 7 (2)-143-(1) pp. 1 lám.* El prólogo «El Editor» (pp. 1-4) es el mismo que antepuso Cabrerizo a su preciosa edición de Valencia, 1817 (pp. III-IV) y la lámina y el grabadito de la portada, parecidísimos a los que ilustran esa misma edición. Las *Noches* ocupan las pp. 5-111; se reproduce la conclusión de la *Noche tercera* (pp. 97-111). Hay un Epílogo (pp. 112-116), precedido de una breve Nota (p. 112), y cierran el volumen trece poemas de Cadalso (pp. 117-143). El ejemplar de que dispongo viene encuadernado conjuntamente con el *Arte de pintar*, impreso por M. R. y Fonseca también en 1848.

(8) *Les Nuits lugubres, par le coronel don Joseph Cadalso, traduites par Achille du Laurens et suivies de poésies fugitives imitées en vers français de plusieurs poètes espagnols et anglais, par le même traducteur*, Paris, chez Ponthieu. 1821.

(9) Manuel Silvela y Pablo Mendivil: *Biblioteca selecta de literatura española, o modelos de elocuencia y poesía*, Burdeos, 1819, t. I, pp. 345-350.

(10) *NL*. Ed. cit. Glendinning, p. 35, y Ed. cit. Arce, 1978, p. 328.

mente la biografía del coronel gaditano. No en vano el impresor José María Marés termina por publicar la obrita como folletín, bajo el título *Historia de los amores del coronel Don José de Cadalso, escrita por él mismo*, y la reimprime durante cuarenta años, siempre con la curiosa *Noche cuarta* (11), que, burla burlando, debió escribir el protagonista después de muerto, como ya comentara Juan Antonio Tamayo (12).

La *Carta de un amigo de Cadalso* es un documento curioso, que, indudablemente, no puede ser a estas alturas creído a pies juntillas, pero tampoco despreciado, pues contiene datos que, cuando menos, aparecen con cierta verosimilitud (13). Recuérdese que su autor inicia su andadura curándose en salud: «Aunque tan amigo de nuestro Cadalso, jamás me confió semejante lance» (14). Reconstruye —o, mejor dicho, construye— la historia «con noticias de esta parte, presunciones de la otra, memoria de aquí, palabras de allá, y a costa de mucha impertinencia» (15). La primera información, hasta el comienzo de las relaciones con María Ignacia Ibáñez, peca de imprecisa y vaga, pero no es falsa. Aquí, cuando empieza la historia de sus amores, es donde se dispara la fantasía. Y no de un modo gratuito sino deliberado.

Edith Helman creyó que la conclusión de la *Noche tercera* y la *Carta* pudieron haber sido escritas por el mismo autor (16). ¿Los fines? Naturalmente, publicitarios. De un lado, era novedosa la oferta de completar un texto que antes se tenía por inacabado, en especial

---

(11) Véase *NL*, Ed. cit. Glendinning, pp. LXXXII y LXXXIII.

(12) Artículo citado, p. 356.

(13) Entre la *Carta* y la *Memoria de los acontecimientos más particulares de mi vida* hay una curiosa coincidencia: ambas se refieren al *barbero* como único amigo verdadero de Cadalso en su crítica situación, tras la muerte de María Ignacia Ibáñez (véase *NL*, edición Edith Helman. Madrid, Taurus, 1968, p. 151, y *NL*, edición citada. Glendinning, p. XV, y *Escritos autobiográficos*, edición citada, p. 20). Glendinning y Harrison comentan: «Este pasaje recuerda a Virtelio, el *barbero de Tediato* en las *NL*» (*Escritos autobiográficos*, edición citada, p. 2, núm. 62). Pero en las *NL* sólo se habla de Virtelio, nunca se dice que sea *barbero*; la identificación se hace en la *Carta*. Este detalle es algo más que significativo, porque revela o bien que hubo cierta relación personal entre el autor de la *Carta* y Cadalso (sea quien fuere *M. A.*), o bien que pudo consultar la *Memoria*. O incluso una y otra cosa. ¿Quizá consultó el manuscrito de que disponía Meléndez? Es posible; pero también lo es que *M. A.* fuera el amigo a quien Cadalso dejó en el último momento sus papeles, entre ellos la *Memoria*, precisamente la que descubrió, mezclada con otros escritos, don Angel Ferrari. Esta le permitió situar, aunque fuera vagamente, los amores del poeta con María Ignacia; aludir con frecuencia al Conde de Aranda (recuérdese cuánto se le nombra en la *Memoria*), y recoger un dato tan llamativo como el del *barbero*, identificándolo con el Virtelio de las *NL*.

(14) *NL*. Ed. cit. Helman, p. 147.

(15) *Idem*.

(16) «Algún editor o amigo habría concebido esa intención moral y escrito el Prólogo del editor y la conclusión de la *Noche tercera*, que aparecen, por primera vez, en la edición de las *NL* que hizo Repullés, en Madrid, en el año 1815; el autor de la conclusión tendría a mano la *Carta de un amigo de Cadalso*, si no fuese quien la escribió; quizá fuera el mismo que redactara también la nota de 1803». Ed. cit. Helman, pp. 50 y 51.

a partir de 1803, cuando se añadió una nota al final de la obra que decía: «Desde luego habrá conocido el lector que estos diálogos no concluyen como deben, etc.» (17). De otro lado, se presentaba al autor mismo de las *NL* intentando desenterrar el cadáver de María Ignacia Ibáñez. Es decir, se daba el primer paso fundamental en la identificación de Tediato y Cadalso. Todo ello sería muy atractivo para el lector de los primeros años del siglo XIX y supondría tener asegurada la venta de una cantidad respetable de ejemplares.

Los prólogos y notas de los editores tuvieron, en cambio, otra función: torear a la censura. Darle un matiz moralizante a un texto que carecía por completo de cualquier propósito ético.

Pero eso tampoco pasaba con todos los prólogos y notas finales. En la edición de M. R. y Fonseca, en 1848, a la que antes aludí (18), se añade un *Epílogo* que, según todos los indicios, no aparece en ninguna otra edición conocida. Va precedido de una *Nota* con el siguiente texto: «Todos los que dan espectáculos de fantasmagoría, concluyen las *NL* con una horrorosa tempestad, entre cuyos espantosos truenos, aterradores rayos y centellas, y el bramido furioso del huracán, Tediato saca del sepulcro los restos mortales de su amada. Los fantasmagóricos han fundado la conclusión de este espectáculo en una tradición popular, que ha dado margen al siguiente epílogo» (19).

Este cuenta cómo, «algunos días después de la ocurrencia del juez con Tediato», se le encontró en su cuarto «sin conocimiento y casi moribundo, al lado del cuerpo de su querida [...]. Mandó el juez enterrar inmediatamente aquel cadáver corrompido en un paraje ignorado de Tediato, y a éste le hizo prodigar los socorros de la medicina y de la religión», para curarle y «hacerle conocer sus errores y arrepentirse de ellos». Pero como le quedara «un resto de melancolía que iba minando su existencia», hasta hacérsele insoportable, «siguió la carrera de las armas», para acabar sus días «de un modo honroso y en obsequio de su patria [...]. Por último, en el sitio de una plaza célebre tenida por inexpugnable debía relevar con su regimiento otro cuerpo del ejército que se hallaba en un punto muy expuesto. Tediato recibió la orden con alegría, porque concibió la idea de que allí iban a terminar sus padecimientos; [...] apenas había hecho el relevo [...], una bala de cañón terminó la triste existencia de aquel hombre, que honró a su patria con las armas y con las letras» (20).

(17) Ed. cit. Helman, p. 50.

(18) Véase anteriormente núm. 7: *Ob. cit.*, p. 112.

(19) Sobre los espectáculos de fantasmagoría derivados de las *NL*, que se realizaban por los años de 1844, véase Nigel Glendinning: «The traditional story of *La difunta pleiteada*. Cadalso's *NL* and the romantics», en *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXVIII (1961), pp. 206-215.

(20) Véase anteriormente núm. 7: *Ob. cit.*, pp. 112-116.